

El día del muerto

Por Rodrigo Fresán

En un principio *Bajo el volcán* no iba a ser más que un cuento. Un cuento corto. De hecho, Malcolm Lowry llegó a escribirlo en 1936 –con el mismo título– y allí se narraba la historia de un Cónsul británico que acudía a una fiesta mexicana, el Día de los Muertos, acompañado por su hija Yvonne y el prometido de ésta, Hugh.

La trama del relato tenía algo que ver con la novela que Lowry publicaría años más tarde pero, también, se producirían cambios radicales. Yvonne se convierte en la mujer del cónsul Geoffrey Firmin, Hugh pasa a ser su hermanastro y el Cónsul, bueno, sigue siendo el Cónsul: uno de los personajes más bestiales, malditos y épicos de la literatura en inglés. Un Ahab sobre la tierra firme de un México que se sacude más que el mar durante una tormenta de aquéllas. Uno de esos Hombres–Símbolo con ganas de reclamar para sí mismos todos los significados posibles a la vez que –generoso– invita una vuelta de mezcal para todos.

Intentar describir *Bajo el volcán* o resumir su argumento es una empresa inútil y, al mismo tiempo, indigna. Pocos libros que pidan más y mejor y a los gritos el ser leídos antes de ser comentados. Pocas novelas que hayan llevado tan lejos y demostrado tan de cerca las infinitas posibilidades del género.

Mucho más que un descenso a los infiernos siempre extranjeros del alcohol –la obra de Lowry no es un libro sobre los peligros de la bebida del mismo modo en que el Tema de *Moby Dick* no son los riesgos de la caza de ballenas–, *Bajo el volcán* es un gran experimento cripto-autobiográfico *à la Ulises* a la vez que un perfecto estudio antropológico sobre el choque de culturas irreconciliables y una crónica novelada sobre el principio del sismo y derrumbe al final de los idealistas primeros años del siglo XX.

Bajo el volcán es, también, además, una obra maestra de lo experimental: su trama se puede contar en dos minutos pero –como se dijo antes– su grandeza reside en que está escrita como si se tratara de una exhaustiva historia de la condición humana representada por la casi divina tragedia de un borracho en caída libre y sin nadie que lo espere al fondo de la barranca.

Puestos a elegir un momento entre los muchos momentos de *Bajo el volcán*, me quedo con el principio del capítulo 12 donde, según Lowry, "todos los hilos del libro, políticos, esotéricos, trágicos, cómicos, religiosos y demás, se entrelazan aquí, en El Farolito de Parián, donde encontramos la confusión de lenguas de la profecía bíblica".

Bajo el volcán es, finalmente, México para extranjeros audaces y sin pasaje de vuelta.

Aquí viene el Cónsul listo para irse de este mundo.

Por Malcolm Lowry

Bajo el v

–Mezcal –dijo el cónsul.

El salón principal de El Farolito estaba desierto. Desde un espejo tras el bar que también reflejaba la puerta abierta a la plaza, su rostro, mudo, lo miró fijamente con los ojos colmados de un presagio austero y familiar.

Sin embargo, el lugar no estaba en silencio. Lo invadía aquel latido: el tictac de su reloj de pulsera, de su corazón, de su conciencia, de algún otro reloj. También, de muy abajo, venía un lejano rumor de agua corriente, de un derrumbe subterráneo; y además aún podía escuchar las hirientes y amargas acusaciones que él mismo lanzara contra su propia desdicha, voces como de un altercado, la suya más alta que las demás, mezclada ya con las otras que parecían gemir acongojadas a lo lejos: "¡Borracho, borrachón, borraaaaaacho!".

Pero una de estas voces, implorante, era como la de Yvonne. Aún sentía a sus espaldas su mirada, la de ellos en el Salón Ofelia. Rechazó adrede todo pensamiento de Yvonne. Bebió de prisa dos mezcales: las voces cesaron.

Chupando un limón hizo el inventario de cuanto lo rodeaba. EL mezcal lo tranquilizaba y a la vez entorpecía su mente; para que cada objeto le hiciera una impresión hacía falta que transcurrieran algunos momentos. En un rincón del salón, había un conejo blanco que roía una mazorca de maíz. Mordisqueaba con aire indiferente los granos morados y negros como si tocase un instrumento. Detrás del bar colgaba de un eslabón afianzado una hermosa vasija oaxaqueña con "mezcal de olla" de la que habían vertido su bebida. A ambos lados se alineaban botellas de Tenampa, Berreteaga, "Tequila Añejo", "Anís doble de Mallorca", una garrafa violeta con "delicioso licor" de Henry Mallet, una redoma de cordial de menta, una botella alta y acanalada de "Anís del Mono", en cuya etiqueta un demonio blandía un tridente. Sobre el ancho mostrador había platitos con palillos, chiles, limones, un cubilete lleno de pajas y un tarro de vidrio en el que estaban cruzadas largas cucharillas. En uno de los extremos había grandes jarras multicolores y de forma de bulbo llenas de aguardiente, alcohol puro de diferentes sabores en el que flotaban cortezas de cítricos. Un cartel del baile de la noche anterior en Quauhnáhuac, clavado junto al espejo, le llamó la atención: *"Hotel Bella Vista Gran Baile a Beneficio de la Cruz Roja. Los Mejores Artistas del radio en acción. No falte Ud."*. Un escorpión estaba adherido al cartel. El cónsul observó con atención todos los objetos. Exhalando largos suspiros de alivio glacial incluso contó los palillos. Aquí estaba a salvo; era éste el lugar que quería: el refugio, el paraíso de su desesperación.

El "cantinero", muchachito diminuto y moreno de aspecto enfermizo –hijo del Elefante–, llamado el Pocas Pulgas, con mirada miope detrás de unas gafas con montura de carey, escrutaba los dibujos de "El Hijo del Diablo", episodios de la revista infantil *Ti-to*. Mientras leía, pronunciando en voz baja las palabras, comía chocolate. Cuando devolvió al cónsul otro vaso lleno de mezcal, derramó un poco en el mostrador. Continuó su lectura sin limpiarlo y siguió refunfuñando a la vez que se hartaba de calaveras de chocolate compradas para el Día de Muertos, esqueletos de chocolate y carrozas fúnebres, sí, de chocolate. El cónsul señaló el escorpión de la pared y el muchacho lo sacudió con un ademán irritado: estaba muerto. El Pocas Pulgas volvió a enfrascarse en el relato, y alzando su voz apagada masculló:

–De pronto Dalia vuelve en sí y grita llamando la atención de un guardia que pasea. ¡Suélteme! ¡Suélteme!

Sálvame, pensó con vaguedad el cónsul en tanto el muchacho se alejaba de pronto en busca de cambio, "suélteme", auxilio: pero quizás el escorpión no quería que lo salvaran, había muerto con su propio aguijón. El cónsul caminó por el salón. Después de un intento infructuoso de trabar amistad con el conejo blanco, se acercó a la ventana abierta a su derecha. Un abismo casi perpendicular llegaba al fondo de la hondonada. ¡Qué lugar tan oscuro y melancólico! En Parián, Kubla Khan... Y también allí seguía el risco (como en Shelley o en Calderón, o en los dos), el risco que no se resolvía a derrumbarse del todo, hendido, se asía a la vida. El abismo era aterrador, pensó asomándose para contemplar de soslayo la roca resquebrajada, tratando asimismo de recordar aquel pasaje de *Los Cenci* que describe la enorme roca que sobresalía de la masa de tierra como si se apoyara en la vida, sin temor a la caída, pero oscureciendo, no obstante, el lugar donde habría de desplomarse si cayera. Era un descenso tremendo, espantoso, hasta el fondo. Peor se le ocurrió que tampoco él tenía miedo de caer. Trazó mentalmente el sinuoso sendero abismal de la "barranca" a través de los campos y de las minas derruidas hasta llegar a su propio jardín, y luego volvió a verse esa mañana de pie con Yvonne ante la imprenta, contemplando la imagen de aquella otra roca. "La Despedida", roca glacial que se desmoronaba entre las invitaciones de boda del escaparate y el volante de la prensa que giraba el fondo. Le pareció que todo aquello había ocurrido mucho tiempo antes, que era tan extraño, triste y remoto como el recuerdo de su amor primero e incluso como la muerte de su madre; al igual que una lastimera aflicción, pero esta vez sin esfuerzo alguno, se desvaneció la imagen de Yvonne.

Por la ventana, el Popocatépetl se erguía con sus inmensas laderas en parte ocultas por tempestuosos nubarrones; su cima cubría el cielo, se alzaba casi sobre el cónsul y justo debajo estaban la "barranca" y El Farolito. ¡Bajo el volcán! No sin razón los antiguos situaron el Tártaro bajo el monte Etna y en su interior al monstruo Tifón de cien cabezas y ojos y voces –más o menos– temibles.

El cónsul se volvió y llevó su vaso a la puer ta entornada. Un color de agónico mercuro cromo teñía el poniente. Miró hacia Parián Allá, tras un terreno cubierto de césped, esta ba la inevitable plaza con su jardincillo públi co. A la izquierda, en el borde de la "barran ca", dormía un soldado al pie de un árbol. Ca si frente a él, a la derecha, en un declive, se al zaba lo que a primera vista tenía el aspecto d un monasterio en ruinas o de una central eléc trica. Se trataba del cuartel almenado y gris d la Policía Militar que le había mencionado Hugh como supuesto cuartel general de l "Unión Militar". El edificio, que tambié comprendía la prisión, lo miraba con ojo ame nazador entre una arcada dispuesta en la par te superior de su fachada baja: un reloj mar caba las seis. A cada lado de la arcada las ven tanas con barrotes de las oficinas del "Comi sario de Policía" y de la "Policía de Seguridad daban al sitio en que un grupo de soldado charlaban, echadas al hombro sus corneta pendientes de cordones de un verde intenso Otros soldados, con las polainas sueltas, da ban traspiés durante su guardia. Bajo la arca da, en la entrada del patio, un cabo trabajab ante una mesa de la que había una lámpara d petróleo apagada. El cónsul sabía que estab escribiendo algo en nítida caligrafía, porqu en su vacilante caminata hasta este lugar –aun que no tan vacilante como antes en la plaza d Quauhnáhuac, si bien deshonrosa de todo modos– estuvo a punto de tropezar con él. En tre la arcada el cónsul distinguía, agrupadas e torno al patio, las mazmorras con barrotes d madera y aspecto de pocilgas. En el exterio de una gesticulaba un hombre. A la izquierd se extendían por doquier chozas techadas d oscura paja, confundidas en la espesura de l selva que por todos lados rodeaba al pueblo alumbrado ya con la luz lívida y anormal d la tempestad que se avecinaba.

Cuando volvió el Pocas Pulgas, el cónsul fu al mostrador a recoger su cambio. Simuland no oír, el muchacho le sirvió más mezcal de l

De *Bajo el volcán* (Tusquets Editores). S

Bajo el volcán

Por Malcolm Lowry

–Mezcal

–dijo el cónsul.

El salón principal de El Farolito estaba desierto. Desde un espejo tras el bar que también reflejaba la puerta abierta a la plaza, su rostro, mudo, lo miró fijamente con los ojos colmados de un presagio austero y familiar.

Sin embargo, el lugar no estaba en silencio. Lo invadía aquel latido: el tictac de su reloj de pulsera, de su corazón, de su conciencia, de algún otro reloj. También, de muy abajo, venía un lejano rumor de agua corriente, de un derrumbe subterráneo; y además aún podía escuchar las hirientes y amargas acusaciones que él mismo lanzara contra su propia desdicha, voces como de un altercado, la suya más alta que las demás, mezclada ya con las otras que parecían gemir acongojadas a lo lejos: "¡Borracho, borrachón, borraaaaaacho!".

Pero una de estas voces, implorante, era como la de Yvonne. Aún sentía a sus espaldas su mirada, la de ellos en el Salón Ofelia. Rechazó adrede todo pensamiento de Yvonne. Bebió de prisa dos mezcales: las voces cesaron.

Chupando un limón hizo el inventario de cuanto lo rodeaba. EL mezcal lo tranquilizaba y a la vez entorpecía su mente; para que cada objeto le hiciera una impresión hacía falta que transcurrieran algunos momentos. En un rincón del salón, había un conejo blanco que roía una mazorca de maíz. Mordisqueaba con aire indiferente los granos morados y negros como si tocase un instrumento. Detrás del bar colgaba de un eslabón afianzado una hermosa vasija oaxaqueña con "mezcal de olla" de la que habían vertido su bebida. A ambos lados se alineaban botellas de Tenampa, Berreteaga, "Tequila Añejo", "Anís doble de Mallorca", una garrafa violeta con "delicioso licor" de Henry Mallet, una redoma de cordial de menta, una botella alta y acanalada de "Anís del Mono", en cuya etiqueta un demonio blandía un tridente. Sobre el ancho mostrador había platitos con palillos, chiles, limones, un cubilete lleno de pajas y un tarro de vidrio en el que estaban cruzadas largas cucharillas. En uno de los extremos había grandes jarras multicolores y de forma de bulbo llenas de aguardiente, alcohol puro de diferentes sabores en el que flotaban cortezas de cítricos. Un cartel del baile de la noche anterior en Quauhnáhuac, clavado junto al espejo, le llamó la atención: *"Hotel Bella Vista Gran Baile a Beneficio de la Cruz Roja. Los Mejores Artistas del radio en acción. No falte Ud."*. Un escorpión estaba adherido al cartel. El cónsul observó con atención todos los objetos. Exhalando largos suspiros de alivio glacial incluso contó los palillos. Aquí estaba a salvo; era éste el lugar que quería: el refugio, el paraíso de su desesperación.

El "cantinero", muchachito diminuto y moreno de aspecto enfermizo –hijo del Elefante–, llamado el Pocas Pulgas, con mirada miope detrás de unas gafas con montura de carey, escrutaba los dibujos de "El Hijo del Diablo", episodios de la revista infantil *Ti-to*. Mientras leía, pronunciando en voz baja las palabras, comía chocolate. Cuando devolvió al cónsul otro vaso lleno de mezcal, derramó un poco en el mostrador. Continuó su lectura sin limpiarlo y siguió refunfuñando a la vez que se hartaba de calaveras de chocolate compradas para el Día de Muertos, esqueletos de chocolate y carrozas fúnebres, sí, de chocolate. El cónsul señaló el escorpión de la pared y el muchacho lo sacudió con un ademán irritado: estaba muerto. El Pocas Pulgas volvió a enfrascarse en el relato, y alzando su voz apagada masculló:

–De pronto Dalia vuelve en sí y grita llamando la atención de un guardia que pasea. ¡Suélteme! ¡Suélteme!

Sálvame, pensó con vaguedad el cónsul en tanto el muchacho se alejaba de pronto en busca de cambio, "suélteme", auxilio: pero quizás el escorpión no quería que lo salvaran, había muerto con su propio aguijón. El cónsul caminó por el salón. Después de un intento infructuoso de trabar amistad con el conejo blanco, se acercó a la ventana abierta a su derecha. Un abismo casi perpendicular llegaba al fondo de la hondonada. ¡Qué lugar tan oscuro y melancólico! En Parián, Kubla Khan... Y también allí seguía el risco (como en Shelley o en Calderón, o en los dos), el risco que no se resolvía a derrumbarse del todo, hendido, se asía a la vida. El abismo era aterrador, pensó asomándose para contemplar de soslayo la roca resquebrajada, tratando asimismo de recordar aquel pasaje de *Los Cenci* que describe la enorme roca que sobresalía de la masa de tierra como si se apoyara en la vida, sin temor a la caída, pero oscureciendo, no obstante, el lugar donde habría de desplomarse si cayera. Era un descenso tremendo, espantoso, hasta el fondo. Peor se le ocurrió que tampoco él tenía miedo de caer. Trazó mentalmente el sinuoso sendero abismal de la "barranca" a través de los campos y de las minas derruidas hasta llegar a su propio jardín, y luego volvió a verse esa mañana de pie con Yvonne ante la imprenta, contemplando la imagen de aquella otra roca. "La Despedida", roca glacial que se desmoronaba entre las invitaciones de boda del escaparate y el volante de la prensa que giraba el fondo. Le pareció que todo aquello había ocurrido mucho tiempo antes, que era tan extraño, triste y remoto como el recuerdo de su amor primero e incluso como la muerte de su madre; al igual que una lastimera aflicción, pero esta vez sin esfuerzo alguno, se desvaneció la imagen de Yvonne.

Por la ventana, el Popocatépetl se erguía con sus inmensas laderas en parte ocultas por tempestuosos nubarrones; su cima cubría el cielo, se alzaba casi sobre el cónsul y justo debajo estaban la "barranca" y El Farolito. ¡Bajo el volcán! No sin razón los antiguos situaron el Tártaro bajo el monte Etna y en su interior al monstruo Tifón de cien cabezas y ojos y voces –más o menos– temibles.

El cónsul se volvió y llevó su vaso a la puerta entornada. Un color de agónico mercurocromo teñía el poniente. Miró hacia Parián. Allá, tras un terreno cubierto de césped, estaba la inevitable plaza con su jardincillo público. A la izquierda, en el borde de la "barranca", dormía un soldado al pie de un árbol. Casi frente a él, a la derecha, en un declive, se alzaba lo que a primera vista tenía el aspecto de un monasterio en ruinas o de una central eléctrica. Se trataba del cuartel almenado y gris de la Policía Militar que le había mencionado a Hugh como supuesto cuartel general de la "Unión Militar". El edificio, que también comprendía la prisión, lo miraba con ojo amenazador entre una arcada dispuesta en la parte superior de su fachada baja: un reloj marcaba las seis. A cada lado de la arcada las ventanas con barrotes de las oficinas del "Comisario de Policía" y de la "Policía de Seguridad" daban al sitio en que un grupo de soldados charlaban, echadas al hombro sus cornetas pendientes de cordones de un verde intenso. Otros soldados, con las polainas sueltas, daban traspiés durante su guardia. Bajo la arcada, en la entrada del patio, un cabo trabajaba ante una mesa de la que había una lámpara de petróleo apagada. El cónsul sabía que estaba escribiendo algo en nítida caligrafía, porque en su vacilante caminata hasta este lugar –aunque no tan vacilante como antes en la plaza de Quauhnáhuac, si bien deshonrosa de todos modos– estuvo a punto de tropezar con él. Entre la arcada el cónsul distinguía, agrupadas en torno al patio, las mazmorras con barrotes de madera y aspecto de pocilgas. En el exterior de una gesticulaba un hombre. A la izquierda se extendían por doquier chozas techadas de oscura paja, confundidas en la espesura de la selva que por todos lados rodeaba al pueblo, alumbrado ya con la luz lívida y anormal de la tempestad que se avecinaba.

Cuando volvió el Pocas Pulgas, el cónsul fue al mostrador a recoger su cambio. Simulando no oír, el muchacho le sirvió más mezcal de la hermosa olla. Al tenderle el vaso, volcó los palillos. Por el momento el cónsul no volvió a aludir al cambio. Sin embargo, tomó nota mentalmente para pedir el siguiente trago que costaba más de los cincuenta "centavos" ya entregados. De esta manera se vio recuperando su dinero poco a poco. A pesar del absurdo, llegó a convencerse de que sólo por eso le era forzoso quedarse. Sabía que había otro motivo, aunque le era imposible precisarlo.Cobraba conciencia de ello cada vez que recordaba la imagen de Yvonne. Parecía entonces que realmente tuviese que permanecer allí por ella, no porque Yvonne fuera a *seguirlo* hasta el lugar –no, ella se había marchado, al fin la había dejado irse; Hugh pudiera venir, pero ella nunca, no; esta vez era evidente que volvería a su hogar y la mente del cónsul no podía viajar más allá de ese punto– sino por algún otro motivo. Sobre el mostrador vio su cambio del cual no habían restado el precio del mezcal. Lo metió íntegro en el bolsillo y de nuevo se acercó a la puerta. Ahora se invertía la situación: el muchacho tendría que vigilarlo a *él*. Encontraba un placer lúgubre imaginando, en provecho del Pocas Pulgas, si bien advirtiendo en parte que el ocupado muchacho no le estaba observando, que había adoptado la expresión desanimada característica de algunos borrachos, templados con dos copas servidas a crédito de mala gana, mirando fijamente la puerta de un salón vacío: expresión que finge estar a la espera de auxilio, cualquier clase de auxilio que ya viene en camino, amigos, cualquier clase de amigos que acudan al rescate. Para éstos la vida está a la vuelta de la esquina bajo el cariz de otra copa en una nueva "cantina". Y sin embargo, no quiere nada de esto. Abandonado por sus amigos, al igual que él mismo los ha abandonado, sabe que nada, salvo la aplastante mirada del acreedor, está a la vuelta de la esquina. Ni tampoco se ha fortalecido lo bastante para conseguir más dinero en préstamo, ni para obtener más crédito; ni, en todo caso, le gustan las bebidas que sirven en la "cantina" de al lado. Por qué estoy aquí, dice el silencio; qué he hecho, repite el eco de la vacuidad; por qué me he arruinado así deliberadamente, dice, riendo entre dientes, el dinero de la gaveta; cómo he podido caer tan bajo, murmura la avenida. A todo lo cual la respuesta era... La plaza no le daba la respuesta. El pueblecillo, que le había parecido despoblado, se llenaba a medida que caía la noche. En ocasiones algún oficial bigotudo pasaba pavoneándose con paso grave y golpeando su bastón contra las polainas. La gente regresaba de los cementerios, si bien la procesión tal vez tardaría aún un poco en pasar. Un pelotón de soldados astrosos marchaba en la plaza. Sonaban las cornetas. También los policías –los que no estaban en huelga o los que fingían estar de servicio en las tumbas, o los delegados... tampoco era fácil establecer con nitidez la distinción entre policías y militares– habían llegado en gran número. Con alemanes fritos, sin duda. El cabo seguía escribiendo en su mesa; eso, era curioso, le tranquilizaba. Pasaron rozándolo tres bebedores que entraron a El Farolito, con sombreros adornados con borlas en la nuca, y estuches que les golpeaban los muslos. Llegaron dos pordioseros que se instalaron en sus puestos a la salida de la "cantina", bajo el cielo tempestuoso. Uno, sin piernas, se arrastraba por el suelo como una desdichada foca. Pero el otro, que hacía gala de una única pierna, se mantenía en pie, rígido y altivo, apoyado en el muro de la "cantina" como si estuviese esperando el fusilamiento. Luego, el mendigo cojo se inclinó hacia adelante: dejó caer una moneda en la mano tendida del otro. Los ojos del primero estaban arrasados de lágrimas. Después el cónsul advirtió que a su extrema derecha, por el mismo camino del bosque que había tomado para venir, salían extraños animales semejantes a gansos, aunque grandes como camellos, y hombres sin piel ni cabeza, alzados en zancos, cuyas entrañas palpitantes se arrastraban por el suelo. Cerró los ojos ante la visión y cuando volvió a abrirlos alguien con aspecto de policía montado a caballo pasó por el camino; eso era todo. Se rió, a pesar del policía, y luego calló. Pues veía que el rostro del mendigo apoyado en el muro se transformaba en el de la señora Gregorio y luego, otra vez, en el de su madre, que aparentaba una expresión de infinita piedad y súplica.

Volviendo a cerrar los ojos, de pie, con el vaso en la mano, pensó por un momento con glacial tranquilidad, indiferente y casi divertido, en la pavorosa noche que inevitablemente le aguardaba continuara o no bebiendo mucho más; en su dormitorio estremeciéndose con demoníacas orquestas; en las ráfagas de sueño aterrado y tumultuoso, interrumpido por voces que en realidad eran ladridos de perros o por su propio nombre repetido sin cesar por imaginarias facciones que iban llegando; en los malévolos gritos; en el tañido de las guitarras; en los portazos, los golpes, la lucha con demonios insolentes; en el alud que tiraba la puerta; en los pinchazos debajo de la cama y, fuera siempre, en los gritos, los gemidos, la música terrible, las espinetas de la oscuridad; regresó a la cantina.

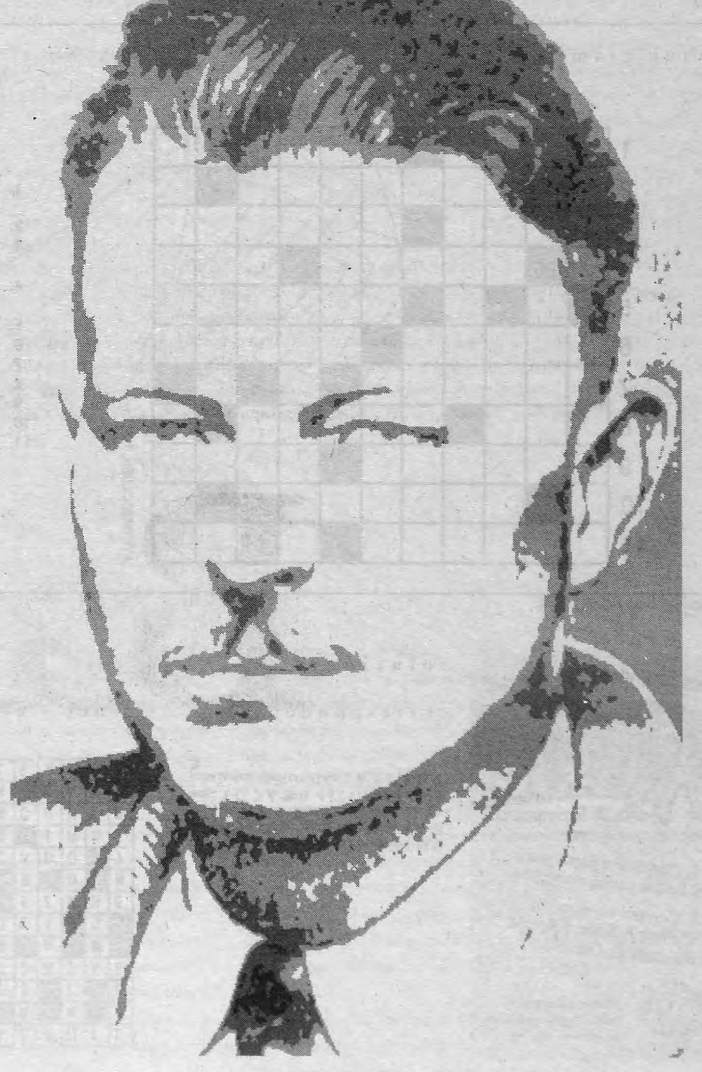


De *Bajo el volcán* (Tusquets Editores). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

hermosa olla. Al tenderle el vaso, volcó los palillos. Por el momento el cónsul no volvió a aludir al cambio. Sin embargo, tomó nota mentalmente para pedir el siguiente trago que costaba más de los cincuenta "centavos" ya entregados. De esta manera se vio recuperando su dinero poco a poco. A pesar del absurdo, llegó a convencerse de que sólo por eso le era forzoso quedarse. Sabía que había otro motivo, aunque le era imposible precisarlo. Cobraba conciencia de ello cada vez que recordaba la imagen de Yvonne. Parecía entonces que realmente tuviese que permanecer allí por ella, no porque Yvonne fuera a *seguirlo* hasta el lugar –no, ella se había marchado, al fin la había dejado irse; Hugh pudiera venir, pero ella nunca, no; esta vez era evidente que volvería a su hogar y la mente del cónsul no podía viajar más allá de ese punto– sino por algún otro motivo. Sobre el mostrador vio su cambio del cual no habían restado el precio del mezcal. Lo metió íntegro en el bolsillo y de nuevo se acercó a la puerta. Ahora se invertía la situación: el muchacho tendría que vigilarlo a *él*. Encontraba un placer lúgubre imaginando, en provecho del Pocas Pulgas, si bien advirtiendo en parte que el ocupado muchacho no le estaba observando, que había adoptado la expresión desanimada característica de algunos borrachos, templados con dos copas servidas a crédito de mala gana, mirando fijamente la puerta de un salón vacío: expresión que finge estar a la espera de auxilio, cualquier clase de auxilio que ya viene en camino, amigos, cualquier clase de amigos que acudan al rescate. Para éstos la vida está a la vuelta de la esquina bajo el cariz de otra copa en una nueva "cantina". Y sin embargo, no quiere nada de esto. Abandonado por sus amigos, al igual que él mismo los ha abandonado, sabe que nada, salvo la aplastante mirada del acreedor, está a la vuelta de la esquina. Ni tampoco se ha fortalecido lo bastante para conseguir más dinero en préstamo, ni para obtener más crédito; ni, en todo caso, le gustan las bebidas que sirven en la "cantina" de al lado. Por qué estoy aquí, dice el silencio; qué he hecho, repite el eco de la vacuidad; por qué me he arruinado así deliberadamente, dice, riendo entre dientes, el dinero de la gaveta; cómo he podido caer tan bajo, murmura la avenida. A todo lo cual la respuesta era... La plaza no le daba la respuesta. El pueblecillo, que le había parecido despoblado, se llenaba a medida que caía la noche. En ocasiones algún oficial bigotudo pasaba pavoneándose con paso grave y golpeando su bastón contra las polainas. La gente regresaba de los cementerios, si bien la procesión tal vez tardaría aún un poco en pasar. Un pelotón de soldados astrosos marchaba en la plaza. Sonaban las cornetas. También los policías –los que no estaban en huelga o los que fingían estar de servicio en las tumbas, o los delegados... tampoco era fácil establecer con nitidez la distinción entre policías y militares– habían llegado en gran número. Con alemanes fritos, sin duda. El cabo seguía escribiendo en su mesa; eso, era curioso, le tranquilizaba. Pasaron rozándolo tres bebedores que entraron a El Farolito, con sombreros adornados con borlas en la nuca, y estuches que les golpeaban los muslos. Llegaron dos pordioseros que se instalaron en sus puestos a la salida de la "cantina", bajo el cielo tempestuoso. Uno, sin piernas, se arrastraba por el suelo como una desdichada foca. Pero el otro, que hacía gala de una única pierna, se mantenía en pie, rígido y altivo, apoyado en el muro de la "cantina" como si estuviese esperando el fusilamiento. Luego, el mendigo cojo se inclinó hacia adelante: dejó caer una moneda en la mano tendida del otro. Los ojos del primero estaban arrasados de lágrimas. Después el cónsul advirtió que a su extrema derecha, por el mismo camino del bosque que había tomado para venir, salían extraños animales semejantes a gansos, aunque grandes como camellos, y hombres sin piel ni cabeza, alzados en zancos, cuyas entrañas palpitantes se arrastraban por el suelo. Cerró los ojos ante la visión y cuando volvió a abrirlos alguien con aspecto de policía montado a caballo pasó por el camino; eso era todo. Se rió, a pesar del policía, y luego calló. Pues veía que el rostro del mendigo apoyado en el muro se transformaba en el de la señora Gregorio y luego, otra vez, en el de su madre, que aparentaba una expresión de infinita piedad y súplica.

Volviendo a cerrar los ojos, de pie, con el vaso en la mano, pensó por un momento con glacial tranquilidad, indiferente y casi divertido, en la pavorosa noche que inevitablemente le aguardaba continuara o no bebiendo mucho más; en su dormitorio estremeciéndose con demoníacas orquestas; en las ráfagas de sueño aterrado y tumultuoso, interrumpido por voces que en realidad eran ladridos de perros o por su propio nombre repetido sin cesar por imaginarias facciones que iban llegando; en los malévolos gritos; en el tañido de las guitarras; en los portazos, los golpes, la lucha con demonios insolentes; en el alud que tiraba la puerta; en los pinchazos debajo de la cama y, fuera siempre, en los gritos, los gemidos, la música terrible, las espinetas de la oscuridad; regresó a la cantina.

volcán



...agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

c o r r e s p o n d e n c i a s

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Títulos de nobleza en el cine

1. "El príncipe y la corista"	A. Yul Brynner
2. "La condesa descalza"	B. Ava Gardner
3. "El rey y yo"	C. Glenda Jackson
4. "María, reina de Escocia"	D. L. Olivier

Escandinavos famosos

1. Ingmar Bergman	A. Cuentista
2. Hans Christian Andersen	B. Actriz
3. Liv Ullmann	C. Cineasta
4. Olof Palme	D. Político

Inventos luminosos

1. Tubo fluorescente	A. 1879
2. Tubo de neón	B. 1933
3. Quinqué	C. 1804
4. Lámpara incandescente	D. 1910

Organizaciones internacionales

1. FAO	A. Agricultura y alimentación
2. UNESCO	B. Ayuda a la infancia
3. OMS	C. Desarrollo de la cultura
4. UNICEF	D. Difusión de conocim. médicos

c r u c i - c l i p

Anote las palabras siguiendo las flechas.

CAVIDAD EN LA TIERRA
MOLUSCO MARINO
TELA DE SEDA BRILLANTE
SALÍ DEL VIENTRE MATERNO
CONSONANTE EN PLURAL
QUE CAUSA ALEGRÍA O RISA
EXISTES
PREFIJO: PUEBLO O RAZA
PARTE DE LA PLANTA SITUADA BAJO TIERRA
SENTIMIENTO APASIONADO
(NARCISO) GUITARRISTA ESPAÑOL
RELATIVAS A ORADORES
RELATIVO AL EJE
CORTÉS, MODERADO
CONFEDERACIÓN
ORNAD
CUBRIR ALGO CON YESO
EQUIPO DE FÚTBOL ITALIANO
EMPRESA DE AERONAVEGACIÓN DEL BRASIL
LEVANTARÉ LA BANDERA
PERTENECIENTE A DETERMINADA ZONA
DEIDAD FEMENINA
CORTÓ LA HIERBA
DUCHO, HÁBIL
MARCHARSE
FLANCO, COSTADO
ESQUINAS, RECOVECOS
OPERA DE VERDI
RELATO LEGENDARIO
JUGADOR QUE HACE MUCHOS TANTOS EN EL FÚTBOL

c r u c i g r a m a

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1					■						
2		■								■	
3					■						
4		■						■			
5	■		■		■						
6						■					
7							■		■		■
8				■						■	
9							■				
10		■								■	
11							■				

AYUDAS: OLSEN, TUPE

HORIZONTALES

1. Nombre de una consonante./ De Irán.
2. Uñada, uñarada.
3. Batracio anuro insectívoro./ Atascar.
4. Ponga tieso el pelo./ Siglas de la ex República Democrática Alemana.
5. Bajar la bandera.
6. Con alas./ Punto cardinal.
7. De yeso.
8. Utilice./ Genios mitológicos.
9. Dais, proveéis./ Cúspide.
10. Barriles.
11. Dan vueltas./ Haz de luz.

VERTICALES

1. (San) Esposo de la Virgen María, padre putativo de Jesús./ Prestar ayuda.
2. Indemne.
3. Familiarmente, atrevimiento./ Fijé algo de modo que quedara firme.
4. Recordado con pena./ Ahod, segundo juez de Israel.
5. Sustancia celular.
6. Según los poemas homéricos, reino de Ulises./ (Jimmy) Personaje periodista amigo de Clark Kent-Superman en el diario "El Planeta".
7. Ladrón mañoso.
8. Sufijo aumentativo./ Volver a cocer.
9. (Chuck) Popular actor estadounidense especialista en filmes de acción./ Sesgadura en una ropa.
10. Pongo la data en una cuenta.
11. Ejecutaré una cosa./ Hatajo, montón.

s o l u c i o n e s

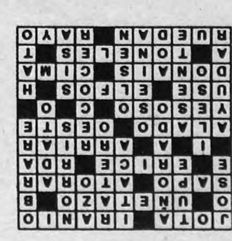
c o r r e s p o n d e n c i a s

Títulos de nobleza en el cine: 1-D, 2-B, 3-A, 4-C. **Inventos luminosos:** 1-B, 2-D, 3-C, 4-A. **Escandinavos famosos:** 1-C, 2-A, 3-B, 4-D. **Organizaciones internacionales:** 1-A, 2-C, 3-D, 4-B.

c r u c i - c l i p

H	I	L	A	R	A	N	T	E
O	■	A	■	A	■	A	■	F
Y	E	P	E	S	■	C	■	E
O	R	A	T	O	R	I	A	S
■	E	■	N	■	A	■	M	■
A	S	C	O	L	I	■	O	■
X	■	O	■	I	Z	A	R	E
I	■	M	■	G	■	D	■	N
A	V	E	Z	A	D	O	■	Y
L	A	D	O	■	I	R	S	E
■	R	I	N	C	O	N	E	S
A	I	D	A	■	S	A	G	A
■	G	O	L	E	A	D	O	R

c r u c i g r a m a



J	O	T	A	■	I	R	A	N	I	O
O	■	U	Ñ	E	T	A	Z	O	■	B
S	A	P	O	■	A	T	O	R	A	R
E	■	E	R	I	C	E	■	R	D	A
■	I	■	A	■	A	R	R	I	A	R
A	L	A	D	O	■	O	E	S	T	E
Y	E	S	O	S	O	■	C	■	O	■
U	S	E	■	E	L	F	O	S	■	H
D	O	N	A	I	S	■	C	I	M	A
A	■	T	O	N	E	L	E	S	■	T
R	U	E	D	A	N	■	R	A	Y	O